

PARRIS: Excelencia, ella estaba bajo el influjo de Títuba entonces, pero ahora guarda compostura.

GILES: ¡Sí, ahora guarda compostura y sale a coigar gente!

DANFORTH: Silencio, hombre.

HATHORNE: Por cierto no tiene peso en este asunto, señor. Designio de asesinato es lo que denuncia.

DANFORTH: Sí. *(Estudia a Abigail un momento y luego):* Continúad, señor Proctor.

PROCTOR: Mary. Dile ahora al gobernador cómo bailasteis en el bosque.

PARRIS *(instantáneamente)*: Excelencia, desde que llegué a Salem este hombre ha estado ensuciando mi nombre. Él...

DANFORTH: Un momento, señor. *(A Mary Warren, severamente y sorprendido.)* ¿Qué es esto del baile?

MARY: Yo... *(Echa una ojeada a Abigail, quien la mira fijamente, sin remordimiento. Luego, suplicante, a Proctor.)* Señor Proctor...

PROCTOR *(yendo al grano)*: Abigail lleva a las muchachas al bosque, Vuestra Merced, y ahí han bailado desnudas...

PARRIS: Vuestra Merced, esto...

PROCTOR *(inmediatamente)*: El señor Parris las descubrió, él mismo, al morir la noche. ¡He ahí la "niña" que es ella!

DANFORTH *(esto se está convirtiendo en una pesadilla y él se vuelve, asombrado, a Parris)*: Señor Parris...

PARRIS: Sólo puedo decir, señor, que jamás encontré a ninguna de ellas desnuda, y que este hombre es...

DANFORTH: Pero, ¿las descubristeis bailando en el bosque? *(Con los ojos fijos en Parris, señala a Abigail.)* ¿Abigail?

HALE: Excelencia, cuando recién llegué de Beverly, el señor Parris me lo había dicho.

DANFORTH: ¿Lo negáis, señor Parris?

PARRIS: No lo niego, señor, pero jamás vi a ninguna de ellas desnuda.

DANFORTH: ¿Pero ella ha bailado?

PARRIS *(sin voluntad)*: Sí, señor.

*(Danforth, como con ojos diferentes, mira a Abigail.)*

HATHORNE: Excelencia, ¿me permitís? *(Señala a Mary Warren.)*

DANFORTH: *(con gran preocupación)*: Os ruego, proceded.

HATHORNE: Dices que no has visto ningún espíritu, Mary, que nunca has sido amenazada ni aquejada por ninguna manifestación del Diablo o de los enviados del Diablo.

MARY *(muy débilmente)*: No, señor.

HATHORNE *(con aire de triunfo)*: Y sin embargo, cuando la gente acusada de brujerías te enfrentaba ante la Corte, tú te desmayabas diciendo que sus espíritus salían de sus cuerpos y te sofocaban...

MARY: Era fingido, señor.

DANFORTH: No puedo oírte.

MARY: Fingido, señor.

PARRIS: Pero en realidad, te helaste, ¿no es cierto? Yo mismo te levanté muchas veces y tu piel estaba helada. Señor Danforth, vos...

DANFORTH: He visto eso muchas veces.

PROCTOR: Ella sólo fingía desmayarse, Excelencia. Son todas maravillosas simuladoras.

HATHORNE: Entonces, ¿puede fingir desmayarse ahora?

PROCTOR: ¿Ahora?

PARRIS: ¿Por qué no? Ahora no hay espíritus que la ataquen, pues nadie en esta habitación está acusado de brujería. Pues que se torne fría ahora, que finja ser acosada ahora, que se desmaye. *(Volviéndose a Mary Warren.) ¡Desmáyate!*

MARY: ¿Que me desmaye?

PARRIS: Sí, desmáyate. Pruébanos cómo fingías tantas veces ante el tribunal.

MARY *(mirando a Proctor)*: No... no puedo desmayarme ahora, señor.

PROCTOR: *(alarmado, con calma)*: ¿No puedes fingirlo?

MARY: Yo... *(Pareciera buscar la pasión necesaria para desvanecerse.)* No... no lo siento ahora... yo...

DANFORTH: ¿Por qué? ¿Qué es lo que falta ahora?

MARY: Yo... no podría decirlo, señor, yo...

DANFORTH: ¿Podría ser que aquí no tenemos ningún espíritu maligno suelto, pero que en la Corte había algunos?

MARY: Nunca vi ningún espíritu.

PARRIS: Entonces no veas espíritus ahora, y pruébanos que puedes desmayarte por tu propia voluntad, como sostienes.

MARY *(Clava la mirada buscando la emoción necesaria, y sacude la cabeza)*: No... no puedo hacerlo.

PARRIS: Entonces confesarás, ¿no es cierto? ¡Eran espíritus malignos los que te hicieron desmayar!

MARY: No, señor, yo...

PARRIS: ¡Vuestra Excelencia, ésta es una treta para cegar a la Corte!

MARY: ¡No es una treta! *(Se pone de pie.)* Yo... yo sabía desmayarme porque... yo creía ver espíritus.

DANFORTH: ¡Cielas verlos!

MARY: Pero no los vi, Vuestra Honorabilidad.

HATHORNE: ¿Cómo podías creer verlos si no los veías?

MARY: Yo... yo no sé cómo, pero creí. Yo... oí a las otras chicas gritar, y a vos, Excelencia, vos parecíais creerles y yo... Era jugando, al principio, señor, pero luego todo el mundo gritaba espíritus, espíritus, y yo... yo os aseguro, señor Danforth, yo sólo creí que los veía, pero no los vi.

*(Danforth la mira escrutadoramente.)*

PARRIS *(sonriente, pero nervioso porque Danforth parece conmovido por el relato de Mary Warren)*: Sin duda Vuestra Excelencia no se dejará engañar por esta simple mentira.

DANFORTH *(tornándose, preocupado, hacia Abigail)*: Abigail. Te ruego que escudriñes tu corazón y me digas lo siguiente —y cuidado, criatura, que para Dios cada alma es preciosa y su venganza es terrible para aquellos que quitan la vida sin causa—. Sería posible, hija, que los espíritus que tú hayas visto sean sólo ilusión, alguna decepción que te haya cruzado la mente cuando...

ABIGAIL: ¡Vamos...! Esto... esto es una pregunta ruin.

DANFORTH: Niña, quisiera que la considerases...

ABIGAIL: He sido herida, señor Danforth; he visto manar mi sangre. Casi he sido asesinada, día a día, por haber cumplido mi deber de señalar a los adictos del Diablo... ¿y ésta es mi recompensa? Ser sospechada, negada, interrogada como una...

DANFORTH (*debilitándose*): Hija, yo no desconfío de ti...

ABIGAIL (*en abierta amenaza*): Cuidaos vos mismo, señor Danforth. ¿Os creéis tan fuerte que el poder del Infierno no puede desarreglar vuestro juicio? ¡Cuidado! Allí hay... (*súbitamente de una actitud acusadora, su cara se vuelve, y mira al aire, hacia arriba; está verdaderamente asustada.*)

DANFORTH (*con aprensión*): ¿Qué es, criatura?

ABIGAIL (*paseando la mirada por el aire, abrazándose a sí misma, como si sufriese un escalofrío*): Yo... no sé. Una brisa, una brisa helada ha venido. (*Sus ojos van a parar a Mary Warren.*)

MARY (*horrORIZADA, suplicante*): ¡Abby!

MERCY (*temblando*): ¡Vuestra Excelencia, me hielo!

PROCTOR: ¡Están fingiendo!

HATHORNE (*tocando la mano de Abigail*): ¡Está fría, Vuestra Honorabilidad, tocadla!

MERCY (*a través de sus dientes que castañetean*): Mary, ¿eres tú quien me envía esta sombra?

MARY: ¡Señor, sálvame!

SUSANNA: ¡Me hielo, me hielo!

ABIGAIL (*temblando visiblemente*): ¡Una brisa, es una brisa!

MARY: ¡Abby, no hagas eso!

DANFORTH (*el mismo envuelto y ganado por Abigail*): Mary Warren, ¿la embrujas tú? ¡Te pregunto! ¿Tú le pasas tu espíritu?

(*Con un grito histérico, Mary Warren comienza a correr, Proctor la agarra.*)

MARY (*casi desplomándose*): Dejadme ir, señor Proctor, no puedo, no puedo...

ABIGAIL (*gritando al cielo*): ¡Oh Padre Celestial, quítame esta sombra!

(*Sin previo aviso, resueltamente, Proctor salta hacia Abigail, que está encogida, y tomándola de los cabellos la incorpora. Ella grita de dolor. Danforth, asombrado, grita: "¿Qué creéis que estáis haciendo?" y Hathorne y Parris, a su vez, "¡Quitadle las manos de encima!", y de todo esto surge la rugiente voz de Proctor.*)

PROCTOR: ¡Cómo te atreves a llamar al Cielo! ¡Ramera! ¡Ramera!

(*Herrick separa a Proctor de ella.*)

HERRICK: ¡John!

DANFORTH: ¡Hombre! Hombre, qué es lo que...

PROCTOR (*sin aliento y agonizante*): ¡Es una ramera!

DANFORTH (*alelado*): ¿Acusáis...?

ABIGAIL: ¡Señor Danforth, él miente!

PROCTOR: ¡Miradla! Ahora buscaría un grito para apuñalar me con él, pero...

DANFORTH: ¡Probaréis esto! ¡Esto no pasará!

PROCTOR (*temblando, su vida derrumbándose a su alrededor*): Yo la he conocido, señor, yo la he conocido.

DANFORTH: Vos... ¿Vos sois libertino?

FRANCIS (*horrorizado*): John, tú no puedes decir tal...

PROCTOR: ¡Oh, Francis, quisiera que tuvieses algo de malo en ti, para que me conocieras! (A Danforth): Un hombre no echa a pique su buena reputación. Vos bien lo sabéis.

DANFORTH (*alelado*): ¿En... qué época? ¿En dónde?

PROCTOR (*su voz a punto de quebrarse, grande su vergüenza*): En el sitio apropiado... donde se acuestan mis animales. En la noche que puso fin a mi alegría, hace unos ocho meses. Ella entonces me servía, señor, en casa. (*Tiene que apretar los dientes para no llorar.*) Un hombre puede creer que Dios duerme, pero Dios lo ve todo, ahora lo sé. Os ruego, señor, os ruego..., vedla tal como es. Mi mujer mi buena y amada esposa, poco después tomó a esta muchacha y la echó a la calle. Y siendo como es, un terrón de vanidad, señor... (*Está agobiado.*) Perdonadme, Excelencia, perdonadme. (*Enojado consigo mismo, vuelve la espalda al comisionado por un momento. Luego, como si el grito fuese el único medio de expresión que le quedase.*) ¡Pretende brincar conmigo sobre la tumba de mi mujer! Y bien podría, puesto que fui blando con ella. Dios me ayude, obedecí a la carne y en esos sudores queda hecha una promesa. Pero es la venganza de una ramera, y así tenéis que verlo; me propongo enteramente en vuestras manos. Sé que ahora habréis de verlo.

DANFORTH (*pálido, horrorizado, volviéndose a Abigail*): ¿Niegas esto, palabra por palabra, hasta el último ápice?

ABIGAIL: ¡Si debo contestar eso, me retiraré y no regresaré!

(*Danforth parece inseguro.*)

PROCTOR: ¡He hecho de mi honor una campana! He teñido la ruina de mi reputación. ¡Me creeréis a mí, señor Danforth! ¡Mi mujer es inocente, sólo que reconocía a una ramera cuando la veía!

ABIGAIL (*adelantándose a Danforth*): ¡Qué mirada es la vuestra! (*Danforth no puede hablar.*) No permitiré tales miradas! (*Se vuelve y se encamina hacia la puerta.*)

DANFORTH: ¡Permanecerás en donde estás! (*Herrick le corta el paso. Ella se detiene junto a él, sus ojos despiden fuego.*) Señor Parris, id a la Corte y traed a la señora Proctor.

PARRIS (*objetando*): Vuestra Excelencia, todo esto es...

DANFORTH (*bruscamente, a Parris*): ¡Traedla! Y no le digáis una palabra de lo que aquí se ha hablado. Y golpead antes de entrar. (*Parris sale.*) Ahora tocaremos fondo en este pantano. (*A Proctor.*) Vuestra mujer decís, es mujer honesta.

PROCTOR: En su vida jamás ha mentido, señor. Hay quienes no pueden cantar, y quienes no pueden llorar...; mi mujer no puede mentir. Mucho he pagado para aprenderlo, señor.

DANFORTH: Y cuando ella echó a esta muchacha de vuestra casa, ¿la echó por ramera?

PROCTOR: Sí, señor.

DANFORTH: ¿Y sabía que era una ramera?

PROCTOR: Sí, señor, sabía que era una ramera.

DANFORTH: Bien, pues. (*A Abigail.*) ¡Y si también ella me dice que fué por eso, criatura, quiera Dios apiadarse de ti! (*Alguien golpea. Hacia la puerta*): ¡Un momento! (*A Abigail*): De espaldas, de espaldas. (*A Proctor*): Haced lo mismo. (*Ambos se vuelven de espaldas, Abigail con indignada lentitud.*) Ahora, ninguno de vosotros miréis a la señora Proctor. Nadie en esta habitación dirá una palabra, ni hará un gesto de sí o de no. (*Se vuelve hacia la puerta y llama*): ¡Entrad! (*Se abre la puerta. Entra Elizabeth con Parris. Parris la deja. Queda ella sola, sus ojos buscando los de Proctor.*) Señor Cheever, tomad nota de esta declaración con toda exactitud. ¿Estáis listo?

CHEEVER: Listo, señor.

DANFORTH: Aproxímate, mujer. (*Elizabeth se le acerca echando una mirada hacia Proctor, que está de espaldas.*) Mírame sólo a mí, no a tu marido. Sólo a mis ojos.

ELIZABETH (*débilmente*): Bien, señor.

DANFORTH: Se nos ha hecho presente que en cierta ocasión despediste a tu servienta Abigail Williams.

ELIZABETH: Es verdad, señor.

DANFORTH: ¿Por qué causa la echaste? (*Breve pausa. Luego Elizabeth trata de mirar a Proctor.*) Mirarás sólo a mis ojos y no a tu marido. La respuesta está en tu memoria y no necesitas ayuda para dárme la. ¿Por qué echaste a Abigail Williams?

ELIZABETH (*sin saber qué decir, presintiendo algo, se humedece los labios para ganar tiempo*): Ella... no me satisfacía. (*Pausa.*) Ni a mi marido.

DANFORTH: ¿Por qué no te satisfacía a ti?

ELIZABETH: Ella era... (*Mira a Proctor en busca de una clave.*)

DANFORTH: ¡Mujer, mírame a mí! (*Elizabeth lo hace.*) ¿Era despilfarradora? ¿Haragana? ¿Qué inconvenientes causó?

ELIZABETH: Vuestra Excelencia, yo... para esa época estaba enferma. Y yo... Mi marido es un hombre bueno y recto. Nunca se emborracha como otros, ni pierde su tiempo jugando al tejo, sino que siempre trabaja. Pero durante mi enfermedad... comprendéis, señor, yo estuve enferma largo tiempo después de tener mi último niño y creí ver que mi marido se alejaba algo de mí. Y esta muchacha... (*se vuelve a Abigail.*)

DANFORTH: Mírame a mí.

ELIZABETH: Sí, señor... Abigail Williams... (*No puede continuar.*)

DANFORTH: ¿Qué hay con Abigail Williams?

ELIZABETH: Llegué a creer que ella le gustaba. Y así una noche perdí el juicio, creo, y la puse en la calle.

DANFORTH: Tu marido... ¿se alejó realmente de ti?

ELIZABETH (*torturada*): Mi marido... es un hombre de bien, señor.

DANFORTH: Entonces, ¿no se apartó de ti?

ELIZABETH (*comenzando a mirar a Proctor*): Él...

DANFORTH (*extiende un brazo y tomándole la cara*): ¡Mírame a mí! ¿Sabes tú si John Proctor cometió alguna vez el crimen de libertinaje? (*En una crisis de indecisión, ella no puede hablar.*) ¡Contéstame! ¿Es tu marido un libertino?

ELIZABETH (*débilmente*): No, señor.

DANFORTH: Llévala, alguacil.

PROCTOR: ¡Elizabeth, dí la verdad!

DANFORTH: Ha declarado. ¡Llévala!

PROCTOR (*gritando*): ¡Elizabeth, lo he confesado!

ELIZABETH: ¡Oh, Dios! (*La puerta se cierra tras ella.*)

PROCTOR: ¡Ella sólo pensaba en salvar mi nombre!

HALE: Excelencia, es una mentira comprensible; os ruego, deteneos ahora antes de que otro sea condenado. Ya no puedo acallar a mi conciencia... ¡La venganza personal se infiltra en este proceso! Desde el principio este hombre me impresionó como sincero. Por mi voto al Cielo, lo creo ahora, y os ruego que volváis a llamar a su mujer antes de que nosotros...

DANFORTH: Nada dijo de libertinaje y este hombre ha mentado.